

**Remedios Zafra**

# **UN CUARTO PROPIO CONECTADO**



**(Ciber)espacio  
y (auto)gestión del yo**

**fórcola**

**Remedios Zafra**

# **UN CUARTO PROPIO CONECTADO**



**(Ciber)espacio  
y (auto)gestión del yo**

**fórcola**



# UN CUARTO PROPIO CONECTADO



Remedios Zafra

UN CUARTO PROPIO  
CONECTADO

(Ciber)espacio y (auto)gestión del yo

**fórcola**

## **Señales**

Director de la colección: Francisco Javier Jiménez

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

*Habitación con Wifi*

© Remedios Zafra, 2010

© Fórcola Ediciones, 2010

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

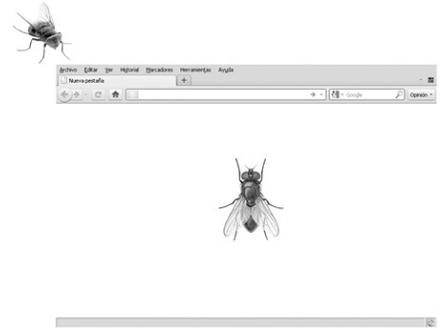
[www.forcolaediciones.com](http://www.forcolaediciones.com)

ISBN (ePub): 978-84-15174-06-6

A las habitaciones con *password*.

La vida real es sólo una ventana más de mi cuarto  
propio conectado<sup>1</sup>.

JAN EKATO



La Red ha dividido mi vida en 300 tareas, de las cuales 98 tienen que ver con teclear; 35 corresponden a ¡buscar, buscar!; 6 a actualizar software; 51 a almacenar archivos; 67 a minimizar-maximizar; 18 a descubrir mi cuerpo (¡oh, cielos, mi cuerpo!); 34 a esperar que llegue «ese» correo; 19 a derivar online; 45 a contactar contigo; contigo; contigo; 36: «do it yourself» (myself); 21 a «no me están viendo»; 9 a «que mañana será otro día». La Red no rehúsa otras tareas heterogéneas para hacer en la intimidad de mi cuarto propio. La suma no coincide con la división prevista porque constantemente surgen tareas y clasificaciones nuevas<sup>2</sup>.

LAURA BEY

## ADVERTENCIA SOBRE ESTE LIBRO

Existe una voluntad manifiesta de ampararse en una formación del pensamiento basada en la parcelación artificial de campos a fin de rechazar el concepto inútil, vulgar y molesto de «vida cotidiana». Semejante concepto encubre un residuo de realidad catalogada y clasificada con el que a algunos les repugna enfrentarse, pues constituye al mismo tiempo el punto de vista de la totalidad e implicaría la necesidad de un juicio global, de una política<sup>3</sup>.

GUY DEBORD

A/a: catalogadores de historias, organizadores de estantes y gestores de compartimentos para las ciencias y saberes del mundo:

Créanme, sé que ustedes sólo cumplen con su trabajo y que las categorías, formularios y aplicaciones informáticas que manejan son convenidos, que les facilitan las cosas, que quieren «facilitarnos» entender las cosas. Sé que esos instrumentos están pensados para adscribir este texto al apartado «libro», a la modalidad «ensayo», véase: área «libros sobre construcción de habitaciones para pensar», «libros sobre habitaciones con ventanas», «libros sobre la vida cotidiana en la Red», «libros para espantar moscas»; véase también cualquier otro capítulo archivístico acordado que ustedes hereden o estimen, queriendo olvidar que desde su origen fue conjetural y arbitrario. Lamento ponerles las cosas difíciles, pero he de advertirles si esperan encontrar aquí un tratado temático o una disciplina única que proclame su verdad o que acredite su *asombro* desde una mirada unidireccional y enraizada. Y si

hubiera raíces (aceptemos esa posibilidad) serían como para Woolf: *I am rooted, but I flow* (estoy enraizada pero fluyo).

Por ello, no pierdan el tiempo con este libro si esperan alimentar un estante de sus cabezas tatuado con un epígrafe del saber testado, un libro que revise lo que ya saben o corrobore los estantes del mundo que ya existen.

A quienes se pregunten desde qué posición habla quien escribe, a qué órdenes de las cosas mira para agarrarse a ellos y descansar en su autoridad sus palabras, y en su correspondiente repisa librería la ordenación de estas letras, les diré que no hallarán aquí un tratado sobre Filosofía, Arte, Informática, Activismo o Literatura, ni siquiera sobre construcción de muros y montaje de aluminios para ventanas de habitaciones propias. Y si el análisis de la cultura contemporánea, Internet, las teorías políticas sobre el *sujeto*, la economía de los espacios privados, la construcción identitaria, o la observación crítica de los espacios de intimidad, están en la escritura que sigue, lo hacen como un líquido que no se resiste al contagio y la mezcla. Más incluso, que quiere arriesgarse a cambiar categoría como epígrafe resignado y quejoso por imaginación, margen y posibilidad.

Deben saber que este libro no les obliga a leerlo. Sin vanidad, no esconde que navega por la vida cotidiana y sus mezclas, allí donde los especialistas capaces de comprender y asimilar las más complicadas imágenes científicas *se convierten en estúpidos, en la esfera del desarme*, del choque momentáneo con la *incapacidad de vivir*<sup>4</sup>.

No hallarán aquí conclusiones que quieran sentar las bases de un nuevo movimiento revolucionario poscapitalista online con sede en los cuartos propios de

cada uno de ustedes. Aunque bienvenido sea todo propósito reivindicativo deducido, toda re-ubicación significativa para comenzar la tarea de resemantizar la práctica y la subjetividad críticas de nuestra vida en las pantallas.

Rechazar la linealidad y la disciplinabilidad desde un enfoque no unitario del discurso, no tiene por qué acabar derivando en una suerte de relativismo cognitivo, sino, más bien, en una red de líneas de fuga como proyecto teórico que no renuncia a la creatividad de la contradicción y la duda; líneas susceptibles de entrar en conversación con sus interrogantes propios, allí donde aún no están desgranados por un orden convenido de las cosas, pues no quieren reiterar lo dicho. Sin temor, quieren desordenar para pensarnos distinto.

Estas posibilidades de recepción, si acaso logran construirse en su lectura, no brotarían de un espurio prisma azul, monocromo, limpio, trascendental y ordenado, ni de una ambiciosa pregunta de época. El origen es más modesto y sucio, más liminar, pero posiblemente más auténtico. Les habla un *yo conectado* que habita cada vez más en su cuarto propio; un yo que se niega a dejar claudicar su voluntad en el exceso simbólico, mediado y veloz de su mundo cotidiano -como si la voluntad fuera ya una cosa trasnochada e inútil, dedo meñique, uña ornamental-.

Les habla un yo decepcionado por la poca imaginación en la ideación de nuevas *figuraciones*<sup>5</sup> críticas a través de las pantallas, un yo que se interroga por las condiciones de la construcción subjetiva en el *presente* desde la reflexión pausada. Una reflexión no ajena a las sensaciones sobre nuestros cuerpos y espacios que, a menudo inefables, acompañan las cosas que nos inquietan y duelen en nuestra vida online, las cosas que se resisten a mostrarse del todo, que queriendo ser aprehendidas por tantas razones

aceleradas de época, aguantan agujereadas y dignas a nuestro lado, sin desvelarse plenamente. Así, hablaré desde la legitimidad del yo que, entretejido de identidades de época, se sabe (se quiere) agente de sus palabras, incluso cuando sus palabras son cita, apropiación o parodia de otras. Quisiera con ello llegar al mundo a través del propio, advirtiendo de prejuicios posibles, defendiendo la experiencia, lecturas y motivaciones de uno mismo como un argumento más de autoridad, ordenando las cosas desde miradas tan arbitrarias como sólidas, queriendo alcanzarles por la aproximación crítica a las cosas pero también por la empatía de la subjetividad y la parcialidad descubiertas, no como hándicap sino como garantía de autenticidad.

En consecuencia, debo decirles que *existo*, que no soy una aplicación informática que escribe libros, ni un producto de marketing de una potente editorial de moda. No soy un avatar manejado por varios sujetos -versión *wiki*-, ni una ficción que hace de máscara de un experimento textual. Debo decirles que tengo un cuerpo, deseos, dudas y preguntas. Debo advertirles que escribo sobre el presente a través del cuerpo y «no desde una huida del cuerpo»<sup>6</sup>. Y que desde esta posición de materialismo *encarnado* doy cuenta de mi propia localización desde una dimensión cultural y *geopolítica* que oscila entre el mundo urbano y el rural, entre distintas localizaciones del sur de una Europa decadente, y desde una dimensión temporal que se balancea entre la construcción de un nuevo siglo y la clausura de otro que no termina de irse del todo, una posición no estática, que cambia conforme escribo.

Enseguida verán que estos cambios que sugiero tratan sobre nuestros días conectados a Internet y que no vienen anunciados por la caída de unas torres, o por la imagen de unos treintañeros que sacan sus pertenencias en cajas de cartón bajo un (repentinamente) decrepito cartel de

Lehman Brothers al ritmo del golpe de las bolsas bursátiles que también caen. No hay una imagen épica que simbolice el cambio al que aludo. Se trata de un cambio sin rugidos de banca, sin guerras por petróleo ni muertes físicas. Les hablo de una transformación subliminal y paralela a los cambios épicos, inadvertida, como la erosión del tintineo de una gota sobre la piedra, como la acción de los universos simbólicos sobre los cuerpos (lenta pero crucial). Me refiero al cambio en las formas de relacionarnos a través de las pantallas y la conformación de una sociedad-Red, como efecto: un nuevo marco de referencias simbólicas e imaginarias para construir modelos identitarios a poder ser en la vida. No hubo épica, insisto, pero hubo transformación y, en cierta forma, recuerda aquella visión sobre el cambio que Virginia Woolf expuso finamente como sigue, hace un siglo:

En diciembre de 1910, o por ahí, el carácter humano cambió. El cambio no fue repentino y definido [...] pero fue un cambio de todas maneras y, como una tiene que ser arbitraria, datémoslo alrededor de 1910 [...]. Todas las relaciones humanas han variado: entre amos y sirvientes, entre maridos y mujeres, entre padres e hijos. Y, cuando cambian las relaciones humanas, hay un cambio al mismo tiempo en la religión, la conducta, la política y la literatura. Pongámonos de acuerdo en ubicar uno de esos cambios alrededor del año 1910 [...] <sup>7</sup>.

Podríamos, en nuestro caso, afirmar (con impostura épica si lo prefieren) que fue en diciembre, o que fue en septiembre, pero sólo sabemos que fue en los primeros años, de la primera década, pasado el año 2000, entonces Internet se normalizó en el mundo globalizado, mejor dicho, Internet globalizó irreversiblemente el mundo, conectándonos. Poco tardó en hacerse sobreentendido, convirtiéndose en parte indispensable de las vidas

cotidianas. Pasó entonces que un día nos descubrimos enganchados a las teclas de nuestros ordenadores para ser y estar en el mundo.

Podríamos, si gustan, visualizar la época caminando hacia atrás, desplazándonos desde el siglo pasado, como un ángel *benjaminiano*, inspirando así nuestro duelo por algo que muere y que anunciaba el nacimiento de una era de redes. Pero, reitero, sería un símbolo incompleto, un mal símbolo porque el cambio fue tranquilo, sin guerras explícitas, sin ruinas que no fueran archivadas y subsumidas por la propia Red. Tampoco disponemos de imágenes suficientes para testimoniar, acaso con mínima justicia, el proceso de cambio que operó la Red en cada uno de nosotros. Porque, por una vez, la historia la estábamos haciendo todos y cada uno de los participantes, cada persona conectada a Internet.

Lo crucial aconteció porque la Red hizo de la pantalla: ventana, espejo, pizarra y panóptico, y porque era portátil. De forma que nos permitía ser productores y distribuidores de cosas e ideas digitalizadas, cosas que podíamos compartir y construir con los otros conectados desde un rincón de nuestra casa o de cualquier otro espacio online. Pasó además que la pantalla estaba diseñada «unipersonalmente» para unos ojos, unas manos con dedos que teclean y un individuo que podía liberar en la máquina parte de su memoria de archivo y presente.

Muchos empezaron a especular si el hecho de hacer (de poder hacer) casi todo desde nuestros espacios de intimidad conectados a Internet nos aislaría en nuestras habitaciones propias, o si nos convertiría en seres rechonchos y paralizados por falta de ejercicio físico, o si los ojos frente a la pantalla se secarían de no parpadear, convirtiéndonos en seres sin lágrimas enganchados al ordenador, seres de «ojos duros y secos»<sup>8</sup> *derridianos*. Pero

esto no pasó, o no pasó del todo. Esto era el extremo de una diversidad de formas de vida que tenían algo en común: la inmersión en un mundo inmaterial y la reestructuración de nuestros espacios y tiempos propios (dislocados) como nuevos escenarios *biopolíticos*<sup>9</sup> de época, allí donde vida y poder se encuentran a veces dramáticamente, a veces como vórtice de emancipación; escenarios donde re-administrar lo público y lo privado, subvertirlo incluso; donde retocar nuestra idea de «soledad» y nuestros vínculos laborales, afectivos e identitarios con los otros; donde dejarnos llevar (o por el contrario tomar partido) en la construcción subjetiva y en la ideación común de nuestros imaginarios de identidad y época. Estas ideas están sobre la mesa de este cuarto propio conectado, se dejarán tocar y combinar con las tuyas. Si gusta, abra las puertas que siguen, entre y acomódese...

# CAPÍTULO POSICIÓN

Verify you are not a robot

## ESCRITURA SITUADA: EL YO QUE HABLA DESDE UN CUARTO PROPIO CONECTADO (NO ME ESTÁN VIENDO)

*Ahora-Aquí.* Entre la cocina y la ventana quince pies de cuarto propio y cuatro estanterías. Enfrente mi ordenador.

(x)\_// *Aquí* es relativo. Aquí es donde estoy conectada y donde la escritura emerge. Aquí es un cuarto propio conectado pero un cuarto propio que no es siempre el mismo, aunque siempre sea un espacio de intimidad y concentración. Los viajes y mudanzas constantes de la vida nómada contemporánea me han hecho construir y destruir muros, cuartos y relaciones con el espacio. Pero sí les diré que cuando llego al lugar donde habitaré un tiempo, construyo mi cuarto propio como si fuera una madriguera o un nido. Está compuesto por una silla a ser posible mullida (vale sillón, cojín o sofá), mi portátil, módem y yo. Prefiero poca luz, los rincones y los sucedáneos del sillón de orejas, o los auténticos, si fuera posible. Se siente allí (entre las orejas de esponja-muro de contención) que el mundo no se dispersa demasiado cuando la pantalla y la conexión se activan, y operan ya como pequeñas habitaciones donde habitar en la Red estando en casa.

Una parte personal de mi cuarto propio es una superficie cercana al ordenador, pero no alineada con él, que me permite apoyar alguna bebida energética, refresco o agua. Esta superficie debe cumplir la ley del plano del cuarto propio conectado: bebida y ordenador deben convivir en planos distintos, bajo riesgo testado de perder la tecla eñe, la tecla cedilla o el teclado completo si el ordenador (ya cyborg), ávido de glucosa, enferma de un derramo. Si mientras escribo siento que soy ojos y dedos, el líquido que bebo me devuelve la sensación de que escribo desde mi cuerpo (¡oh, cielos, mi cuerpo!).

(n)\_// No hablo como «nativa de la Red». Por edad, y pienso que en parte por cultura de género y por generación, el acceso y dominio informático no nos ha venido dado de la misma manera, no ha sido igualitario. Al menos no como quien en su infancia, al poco de controlar los movimientos de las manos, hace de la máquina un apéndice, ampliando sus brazos hacia el ratón y sus preguntas hacia las placas base. Como muchos de ustedes, no crecí en los garajes que soñaban ser Silicon Valley, donde los chicos monta(ba)n sus aparatos, convirtiendo con entusiasmo afición en trabajo. Conocí con intensidad el mundo de antes de Internet, el de la tele como única pantalla, pero llegué pronto e irreversiblemente a la Red. A mediados de los noventa la vida ya era inconcebible sin enchufar el cable de teléfono al ordenador. Entonces sabíamos lo que es la vida «sin vivir» conectados, pero ya deseábamos que no hubiera retroceso posible. De entonces me queda la memoria de un mundo que desaparece sin apenas nostalgia, y confieso que algo de resentimiento por no saber más de código y de máquinas, por no haber podido jugar con los niños en el garaje.

(p)\_// Bajo la pretensión de comunicar a través de mi propia experiencia en el cuarto propio conectado, les diré que paso gran parte de mi tiempo trabajando frente a la pantalla. Les confieso además que me gusta y que casi siempre la prefiero al encuentro físico. No existe para esta preferencia por el mundo digital una exégesis apoyada en singulares traumas infantiles, o en un pasado original, ni mínimamente trascendente que pudiera justificar este carácter y dar, de paso, sentido liberador a la escritura de este libro. Se trataría más bien de razones pequeñas para quedarme en casa conectada a Internet, de cosas menudas, ¡qué decirles, que importan! Una mezcla de la calidez del espacio íntimo y privado que regulado online se deja hacer público; del tiempo de reflexión que en la pantalla permite